



Social and Education History

E-ISSN: 2014-3567

hse@revistashipatia.com

Hipatia Press

España

Domínguez Méndez, Rubén
Los Límites de las Políticas Culturales y Educativas en la Construcción del Nuevo
Hombre Fascista
Social and Education History, vol. 4, núm. 2, junio, 2015, pp. 115-136
Hipatia Press
Barcelona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=317041422001>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://hse.hipatiapress.com>

Los Límites de las Políticas Culturales y Educativas en la Construcción del Nuevo Hombre Fascista

Rubén Domínguez Méndez ¹

1) Instituto Universitario de Historia Simancas. Universidad de Valladolid. España.

Date of publication: June 23rd, 2015

Edition period: June 2015-October 2015

To cite this article: Domínguez, R. (2015). Los Límites de las Políticas Culturales y Educativas en la Construcción del Nuevo Hombre Fascista. *Social and Education History*, 4(2), 115-136. doi: 10.17583/hse.2015.1506

To link this article: <http://doi.org/10.17583/hse.2015.1506>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License](#) (CC-BY).

The Limits of the Cultural and Educational Policy in Building the Fascist New Man

Rubén Domínguez Méndez
Universidad de Valladolid

Abstract

Mussolini proposed the creation of a new man who was supposed to serve a general modernization of Italian society. To this end, fascism introduced to the masses in the political, economic, legal and, of course, cultural and educational system defended by fascist doctrine. This paper analyzes the cultural and educational policies developed by fascism in to build the new man. We study the values of this fascist man and the institutions responsible for that “creation” to show, finally, the limitations of these policies to achieve the expected results.

Keywords: fascism, cultural policy, education policy, new man



Los Límites de las Políticas Culturales y Educativas en la Construcción del Nuevo Hombre Fascista

Rubén Domínguez Méndez
Universidad de Valladolid

Resumen

Mussolini propuso la creación de un hombre nuevo que supuestamente debía servir a una modernización general de la sociedad italiana. Con este fin, el fascismo introdujo a las masas en el sistema político, económico, jurídico y, por supuesto, cultural y educativo defendido por la doctrina fascista. Este trabajo analiza las políticas culturales y educativas desarrolladas por el fascismo en la construcción del hombre nuevo. Se estudian los valores de este hombre fascista y las instituciones responsables de esa “creación” mostrando, por último, las limitaciones de estas políticas para lograr los resultados esperados.

Palabras clave: fascismo, política cultural, política educativa, nuevo hombre

Como contempla la Real Academia de la Lengua, en la actualidad con el uso del término cultura abarcamos un amplio horizonte que puede hacer alusión a periodos temporales (cultura del renacimiento), pueblos (cultura precolombina), entidades políticas (cultura alemana) o incluso grupos con comportamientos o creencias que difieren mucho del patrón general o dominante (cultura punk, subcultura, etc.). De forma habitual empleamos el vocablo cultura como la seña de identidad de una sociedad. El conjunto de creaciones que la define en planos tan diversos como el lingüístico, el artístico, el literario, el científico, el político, el moral, etc. Según el antropólogo Marvin Harris la cultura de una sociedad consiste también en los modos socialmente adquiridos de pensar, sentir o actuar, y en su transmisión a lo largo de generaciones (Harris, 1986, p. 134). En el caso de Italia, el nacimiento del Estado nación en 1861 significó la afirmación política del sustrato cultural común fraguado durante siglos y que había quedado más que patente con las revoluciones liberales del siglo XIX. De forma especial con la de 1848 que dio inicio a las denominadas guerras de independencia italianas respecto al Imperio austriaco. A partir de ese momento, durante todo el periodo de la Italia liberal unificada, constituido el Estado nación, se procedió a la consecución de un segundo objetivo que quedaba por resolver: el de la “nacionalización” de la sociedad italiana. La necesidad de cimentar una identidad cultural común quedó perfectamente sintetizada en el siguiente diagnóstico de la época: «*L'Italia è fatta, gli Italiani sono da farsi* (...) nos falta aún el típico carácter nacional, aquel fiero y alto sentimiento colectivo de la dignidad nacional que hace potentes a los pueblos» (Banti, 2008, p. 222).

Sobre esta herencia el fascismo construyó un discurso en el que la cultura se convirtió en una necesidad para garantizar su supervivencia. El elemento que permitió a la ideología totalitaria implantarse en todos los niveles de la sociedad gracias a la manipulación de cada una de las manifestaciones que conformaban la propia cultura italiana –apropiándose de ellas– y mediante el desarrollo de una cultura de masas en clave fascista a través de las innovaciones impulsadas por el desarrollo de elementos como el cine y la radio.

Dentro del marco estatal, cualquier aspecto cultural cobraría relevancia mediante la elaboración y aplicación de las denominadas políticas culturales y educativas. Pese a los matices que puedan establecerse entre ambas políticas, podemos considerar que las políticas educativas constituyen un subconjunto del recipiente contenedor de la política cultural puesta en marcha por los Estados. No obstante, la cuestión está llena de ángulos y aristas. Por ese motivo hemos preferido realizar esa sutil diferenciación. Centrándonos en la política cultural podemos definir ésta como la gestión de las manifestaciones propias de una comunidad. Al realizarse por el Estado podríamos hablar de la existencia de una política cultural oficial donde se privilegian unas realidades sobre otras mediante criterios selectivos que no son inocentes, que quieren mostrar aquello de lo que el Estado se siente orgulloso y ocultar lo que considera que puede desprestigiarle.

El subconjunto política educativa está condicionado por diversos factores: sociales, tecnológicos, económicos, pedagógicos, demográficos o ideológicos. El último de ellos resulta fundamental a la hora de trazar las líneas educativas y las finalidades perseguidas con éstas. La política educativa del fascismo tuvo su punto referencial en la utilización continuada de todos estos factores para hacer del sistema escolar un vivero de aprendizaje fascista. Para lograrlo no dudó en adaptar jurídicamente la legislación relativa a las instituciones, el personal docente y los programas didácticos de acuerdo a sus objetivos. En un principio, en los primeros años tras la unificación italiana, la necesidad de hacer italianos a la que nos hemos referido más arriba llevó a que el Estado implantase un sistema educativo nacional para establecer el primer nivel de cohesión y promoción de aquellos valores que provocaban en el individuo su sentimiento de pertenencia al grupo, en este caso a la nación italiana. El proceso se inició con la implantación de la denominada Ley Casati en 1861. El texto, que organizaba todos los niveles educativos, estuvo vigente hasta que en 1923 el fascismo decidió comenzar su cruzada para hacerse con el control de la escuela mediante la “reforma Gentile”.

Bajo los parámetros culturales que defendía el fascismo la aplicación de sus postulados debían significar una novedad política y doctrinal que no podía ser interpretada según los esquemas teóricos de las tradiciones políticas precedentes. Una teorización que en el ámbito “terrenal” tenía que

contribuir a la construcción de un nuevo individuo ¿Quizás un superhombre? Este hecho hizo que algunos sectores utilizaran a Nietzsche como sustento en el que apoyar la creación fascista. Mussolini conocía los escritos del filósofo alemán y Julius Evora, ideólogo radical de la derecha italiana, los empleó para elaborar sus teorías sobre un nuevo modelo social contrapuesto a la decadencia liberal (Cassata, 2003, p. 306). A pesar de los esfuerzos, detrás de toda la fraseología y parafernalia fascista la existencia de una ideología estricta y unívoca dentro del movimiento, al igual que el sentido real de este hombre nuevo, continúa planteando problemas y discusiones en el ámbito historiográfico (Gentile, 2004, pp. 93-97).

En un intento de simplificar algunos de los aspectos señalados por la historiografía hemos establecido una serie de rasgos que debía poseer este novedoso hombre fascista. Serían los siguientes: la exaltación irracional de la nueva ideología; el valor de la disciplina; la preeminencia en su comportamiento de la acción sobre las ideas; el orgullo ilimitado de pertenecer a la nación italiana; el culto a los símbolos para hacer del fascismo una nueva religión con celebraciones propias; la importancia de la colectividad; la glorificación de la guerra; la visión masculina y viril de la sociedad; la concepción racista y clasista de la sociedad internacional; y el elogio de la juventud. Todos estos aspectos eran explicados por el propio Mussolini en la *Enciclopedia Italiana* del siguiente modo:

El fascismo no se entendería en muchos de sus comportamientos prácticos como una organización de partido, como un sistema de educación, como disciplina, si no se viera a la luz de un modo general de concebir la vida. Modo espiritual. El mundo para el fascismo no es este mundo material que aparece en la superficie, en el que el hombre es un individuo separado de todos los demás y está gobernado por la ley natural que instintivamente lo hace vivir una vida de placer egoísta momentáneo. El hombre del fascismo es individuo de una nación y una patria, ley moral que une juntos a individuos y generaciones en una tradición y en una misión, que suprime el instinto de la vida cerrada en el breve placer para alcanzar el deber en una vida superior libre de los límites del tiempo y del espacio; una vida en la que el individuo, a través de su abnegación, del sacrificio de sus intereses particulares, realiza aquella existencia plenamente espiritual que le da su valor de hombre.

(...) El fascismo es una concepción histórica en la cual el hombre no es aquello que es si no es en función del proceso espiritual en el que concurre, en el grupo familiar y social, en la nación y en la historia (...) Fuera de la historia el hombre no es nada. Por eso el fascismo está contra todas las abstracciones individualistas (...) y es contrario a todas las utopías y las innovaciones jacobinas.

(...) El fascismo, en definitiva, no es solamente generador de leyes y fundador de institutos, sino educador y promotor de vida espiritual. No quiere volver a hacer la humanidad sino el contenido, el hombre, el carácter, la fe. Y para este fin quiere disciplina y autoridad que descienda al interior de los espíritus y los domine. Por eso su insignia es el fascio littorio, símbolo de la unidad, de la fuerza y de la justicia (Mussolini, 1932, pp. 847-848).

Aunque su propósito de construcción del hombre fascista se inició desde fechas tempranas este proceso pudo acelerarse a partir de 1926 gracias a la aprobación del conjunto de leyes que incrementaron las atribuciones del jefe de gobierno y del ejecutivo en detrimento del parlamento. Estos textos, conocidos como *Leggi fascistissime*, suprimieron libertades, sindicatos y partidos para crear un Estado que reglamentó todos los aspectos de una sociedad obligada a participar en los nuevos organismos creados por el partido. De tal manera, las políticas culturales y educativas pudieron hacerse cada vez más complejas e incluso trasladarse al exterior, alcanzando a la extensa comunidad italiana emigrada.

Hacer de la Cultura una Prolongación del Fascismo

Dentro de los hitos del proceso de fascistización de la cultura podemos establecer dos niveles. Lo que se ha denominado alta cultura, relacionada con los intelectuales, y la llamada cultura popular. Dentro de la primera hay que añadir a los efectos que tuvieron para la vida del país las comentadas *Leggi fascistissime*, la creación del *Istituto Nazionale Fascista di Cultura* y la *Reale Accademia d'Italia*. El primero surgió en 1926 y se encargó de la publicación de la revista *Educazione fascista* que posteriormente paso a denominarse *Civiltà fascista*. Su misión era la realización de una auténtica revolución cultural dentro del país mediante la celebración de cursos de lengua y literatura y la organización de conferencias y congresos culturales.

Mediante éste organismo también se llevo a cabo la absorción de antiguos círculos culturales y universidades populares y, además, se estableció la obligatoriedad de que se pusieran bajo su control un buen número de institutos creados durante la etapa liberal. Con ello, Mussolini quería cambiar radicalmente los referentes culturales –que despreciaba en su formulación tradicional– aunque para ello se tuvieran que emplear métodos expeditivos. No obstante, como se muestra con entidades como el *Istituto per la storia del Risorgimento*, no se borró del todo el contenido de esos organismos al querer también exaltar lo que Italia tenía de diferente y de propio (Longo, 2000).

Respecto a la *Reale Accademia d'Italia* hay que señalar que fue establecida ese mismo año de 1926 para coordinar la actividad intelectual en sus planos científicos, literarios y artísticos, conservando sus rasgos nacionales y promoviendo su expansión en el extranjero. No obstante la institución –que se autoproclamaba el máximo organismo cultural del Régimen– sólo comenzó a funcionar a partir de octubre de 1929, cuando logró completar una lista de intelectuales afectos al régimen lo suficientemente importante para que el organismo tuviera el reconocido prestigio interior y exterior que se buscaba con ella (Ferraroto, 1977).

Los primeros síntomas de ocupación de las altas esferas culturales dejaron reacciones heterogéneas por parte de los intelectuales. El símbolo de la fractura quedó patente con la publicación de dos manifiestos antagónicos. El primero, salió publicado el 21 de abril de 1925 en *Il Popolo d'Italia* de la mano de Giovanni Gentile. El conocido como *Manifesto degli intellettuali fascisti* mostraba la adhesión que 250 intelectuales habían exhibido tras un congreso sobre cultura fascista –celebrado en marzo de ese mismo año en Bolonia– en el que se discutieron las bases de la política cultural del régimen sobre la línea de un nuevo concepto de libertad individual que se ligaba al «sacrificio por la patria» (Papa, 1958, p. 43).

La réplica al escrito se produjo el 1 de mayo con la publicación en *Il Mondo* del opuesto *Manifesto degli intellettuali antifascisti* elaborado por Croce –que sólo unos meses antes había tomado la decisión de oponerse al régimen– y que superó en número de intelectuales e importancia cualitativa a la anterior proclama. No obstante, el rechazo a la contaminación de la cultura por parte de la política tuvo en este acto uno de sus últimos

episodios. Con posterioridad, la oposición al fascismo acabaría con la derrota de estos intelectuales que serían encarcelados, tomarían el camino del exilio o se diluirían en una paulatina actitud de pasiva aceptación del fascismo. Con ello, siguiendo la reflexión de Gramsci, la alta cultura italiana sufriría un proceso de desertificación gracias a los efectos de la fascistización:

Cada gobierno tiene una política cultural y puede defenderla desde su punto de vista y demostrar haber elevado el nivel cultural nacional. Todo consiste en ver cuál es la media de este nivel. Un gobierno puede organizar mejor la alta cultura y deprimir la cultura popular, y aun más; de la alta cultura puede organizar mejor la sección correspondiente a tecnología y ciencias naturales, poniendo paternalistamente a su disposición sumas de dinero como no se hacía antes, etcétera. El criterio de juicio puede ser sólo éste: ¿un sistema de gobierno es represivo o expansivo? E incluso este criterio debe ser precisado: ¿un gobierno represivo en algunos aspectos, es expansivo en otros? Un sistema de gobierno es expansivo cuando facilita y promueve el desarrollo de abajo arriba, cuando eleva el nivel de cultura nacional-popular y hace así posible una selección de “cimas intelectuales” en un área más vasta. Un desierto con un grupo de altas palmeras será siempre un desierto: incluso lo característico del desierto es tener pequeños oasis con grupos de altas palmeras (Gramsci, 1984, p. 121).

El proceso de fascistización del mundo cultural durante el *ventennio* implicó un profundo nacionalismo que, no obstante, no olvidó la introducción de ciertos elementos que ponen de relieve rasgos de modernización análogos a otros países. Aquí se ve uno de los equilibrios mantenidos por el fascismo en su intento por combinar la tradición gloriosa e imperial del pasado nacional con la renovación de un país claramente atrasado. Un ejemplo de este intento modernizador se evidencia con la creación de organismos dedicados al campo científico y tecnológico; ligados en algunos casos al desarrollo de los medios de comunicación de masas —que tanto ayudarían en las funciones propagandísticas del régimen— y a la búsqueda de nuevas experiencias artísticas y culturales. En esta sintonía se creó el *Consiglio nazionale delle ricerche* (CNR) en noviembre de 1923. Su origen se rastreaba en la etapa del

primer conflicto mundial, cuando el matemático Vito Volterra creó un departamento dentro del *Ministero della Guerra* para desarrollar la investigación científica italiana en el aspecto militar. Con el fascismo el CNR se encargó de financiar proyectos de investigación volcados, de manera preferente, en la aplicación práctica de innovaciones que aprovecharan los recursos italianos. Era una sintomática búsqueda de la autarquía respecto a la comunidad internacional. La presidencia de Marconi entre 1927 y 1937 contribuyó a prestigiar la institución.

Siguiendo la táctica de establecer nuevos institutos fascistas más tarde se crearon el *Istituto dell'enciclopedia italiana*, el *Istituto nazionale di statistica* (ISTAT) y el *Istituto Luce*. El primero de ellos fue instituido en 1925 bajo la financiación de Giovanni Treccani con un objetivo principal: realizar una vasta enciclopedia nacional como la británica o la francesa. La obra vio la luz a partir de 1929, con artículos monográficos y referencias bibliográficas. Pese a la colaboración de autores no adscritos al fascismo, los términos políticos, como hemos evidenciado más arriba, mostraron la fuerte impronta ideológica de la obra. Por su parte, el ISTAT se estableció en 1926 para recoger los principales indicadores económicos y sociales del país e incluso, tras la fundación del Imperio, de las posesiones coloniales en África. Por último, el *Istituto Luce*, aunque era anterior al fascismo, fue financiado por el régimen a partir de 1924 al observarse la potencialidad que tenía la difusión de películas con contenido propagandístico. Por ese mismo motivo desde junio de 1927 se elaboró el denominado *Giornale cinematografico Luce* que servía para recoger en noticias la voz y la imagen del *Duce* y los progresos que estaban cumpliéndose por parte de la Italia fascista.

El último elemento entraría de lleno en el control de la denominada cultura popular. Respecto a ésta fue de gran importancia la acción desarrollada por el denominado *Ufficio Stampa* que desde 1935 se convirtió en el *Ministero per la Stampa e Propaganda*, y a partir de 1937 se organizó bajo el nombre del *Ministero della Cultura Popolare* o *Minculpop* –diseñado por Ciano tras estudiar la labor de propaganda del nazismo–. Desde sus primeras atribuciones, encaminadas al control de las actividades antifascistas y vigilancia de todas las publicaciones que circulaban por el país, la institución fue cargándose de competencias que debían modificar las costumbres de los italianos en aspectos tan variopintos como la moda o la

cocina. Estas atribuciones pudieron cumplirse mediante el desarrollo de una fuerte censura gubernativa (Cannistraro, 1975, p. 156). Desde 1927 todos los grandes periódicos provinciales pasaron a ser controlados por el régimen, a lo que hay que añadir los numerosos que en esencia eran fascistas. Como recoge De Felice más de cien estaban oficialmente reconocidos como órganos para comunicar las directrices del partido. Entre ellos destacaban: *Il Popolo d'Italia*, *L'Impero* e *Il Tevere* en Roma bajo la esfera de Mussolini; *Il Regime fascista* en Cremona promovido por Farinacci; o el *Corriere padano* en Ferrara fundado por Italo Balbo (De Felice, 1968, pp. 180-181).

Pero junto al control de la prensa, en la búsqueda del consenso de las masas con el fascismo, fue fundamental para el sistema totalitario la regimentación de toda la sociedad a través de grandes organismos que promoviesen las iniciativas desarrolladas por las diferentes asociaciones que suprimió el fascismo. La tipología de éstas era variada: deportivas, recreativas, educativas, asistenciales, etc. La *Opera Nazionale Dopolavoro* (OND), constituida significativamente el 1 de mayo de 1925, se encargó de recoger la mayor parte de las actividades «mientras de manera progresiva se cerraban los círculos recreativos y deportivos obreros, las sociedades de ayuda mutua y las bibliotecas populares», con la consiguiente pérdida patrimonial para estas instituciones (Dogliani, 2008, p. 213). La OND se inspiraba en un precedente modelo norteamericano introducido tras la Gran Guerra por el ingeniero italiano Mario Giani. No obstante, con posterioridad tomó como fuente de inspiración la institución que de forma similar creó el nazismo en Alemania (Liesbcher, 2005). Para los inscritos existían numerosas ventajas como descuentos en los billetes de los llamados trenes populares o en las entradas del cine. Estos y otros incentivos hicieron que en pocos años la OND se convirtiese en una asociación de masas que consiguió pasar de los 650.000 inscritos en 1928, en su mayoría pertenecientes a las regiones del norte, a los aproximadamente tres millones en 1936 y casi cuatro en 1939.

Por el Mundo Educativo hacia el Fascismo

El fascismo consideró que la escuela constituía el primer escalón para la formación de hombres dispuestos a llevar a pies juntillas el manido lema de

su propaganda: “*credere, obbedire, combattere*”. En octubre de 1922 la legislación educativa italiana seguía teniendo como punto de referencia la *Legge Casati* aprobada en 1861. El texto había permanecido casi inmutable durante seis décadas a pesar de que la educación era una de las grandes asignaturas pendientes del país al no haber cumplido con las expectativas de alfabetización de la sociedad pretendidas. Para corregir esta situación en 1877, con la *Legge Coppino*, se había ampliado la educación elemental a cinco cursos y se había elevado la escolaridad obligatoria durante los tres primeros, mientras que en 1904, con la *Legge Orlando*, se había aumentado la obligatoriedad hasta los doce años. El resultado de estas políticas fue la disminución de la tasa de analfabetismo en Italia; no obstante, los resultados fueron desiguales puesto que como observaba el pedagogo Lombardo Radice en 1901: «el desnivel cultural entre las provincias del norte y del sur había crecido enormemente» (De Fort, 1995, p. 129). Continuando esta línea reformista, el último exponente de cambio durante el periodo liberal se había producido con el diseño de ley elaborado por Benedetto Croce, que en 1920 había sido requerido por Giolitti para el cargo de *Ministro della Pubblica Istruzione*, nacido en el contexto de la posguerra y ligado a la idea de renacimiento nacional a través de la educación.

No podemos obviar que las anteriores medidas llevaban anejas la firme confianza en la enseñanza como la herramienta más útil para la difusión de unos valores y un ideario determinado. Esta situación movió al fascismo a efectuar una profunda revisión de todos los planes de estudio y del sistema escolar. Una revisión profunda y en cierto modo infructuosa o mal planificada. Sólo esta argumentación explicaría lo señalado por Charnitzky sobre la elaboración de aproximadamente 3.500 leyes y decretos relacionados con la escuela entre los años 1923 y 1939; fechas en las que se aprobaron, respectivamente, la “Reforma Gentile” y la *Carta della Scuola* (Charnitzky, 1996, p. 6).

El hecho de que los años situados entre las dos últimas fechas señaladas fueran tan fértiles no es sólo una señal de la inquietud en este campo, sino también del descontento del fascismo hacia la “Reforma Gentile”. No en vano, aunque el propio Mussolini había definido a esta reforma como «la más fascista entre todas aquellas aprobadas por el gobierno» se llegó a la conclusión de que la escuela diseñada por el filósofo tenía un carácter

demasiado elitista para los objetivos de adoctrinamiento de masas que ansiaba el fascismo (Colombo, 2004, p. 161). De hecho, refiriéndose a ésta, Edward Tannenbaum señala como «una de las muchas ironías de la experiencia fascista fue el hecho de que la reforma (...) realmente retrasó la “fascistización” de la educación italiana al reafirmar los valores elitistas burgueses propios del siglo XIX» (Tannenbaum, 1975, p. 203).

A juicio de la historiografía la reforma fue una continuación de los programas educativos de la tradición liberal italiana. Incluso Gentile reconoció esta continuidad, poco revolucionaria, a la hora de defenderse de las críticas recibidas tras elaborar un proyecto donde se postulaba el carácter selectivo de la educación y la importancia de las materias humanísticas. La reforma alcanzó a todos los niveles del sistema educativo, mediante la elaboración de reales decretos. Las principales novedades fueron:

- La elevación de la edad en la que era obligatorio permanecer en el sistema escolar, que se situó en los catorce años.
- La creación de un curso anterior a la escuela elemental que preparaba el acceso de los más pequeños al sistema educativo.
- La implantación con carácter selectivo del examen de estado para reducir el número de asistentes a los centros.
- La separación de la formación encaminada al mundo del resto de la instrucción con la creación de una *scuola complementare* (1928 fue sustituida por la *scuola di avviamento professionale*).

Centrándonos en las diferentes etapas, en la escuela elemental se revisaron los programas didácticos, aunque no se alteró la anterior división en dos etapas. Respecto a la educación privada, se concedió la equiparación de los estudios desarrollados en este tipo de instituciones con los realizados en los centros públicos, una medida que puso en marcha una relación más estrecha entre escuela e iglesia católica que acabó por formalizarse con la firma del Concordato de 1929. Desde un primer momento, las reformas hicieron que se incorporara la enseñanza religiosa en la escuela elemental, en la secundaria no se produjo hasta la firma del mencionado acuerdo. El art. 1 del Concordato establecía la religión católica como «la única religión del Estado italiano», mientras que en el art. 36 se manifestaba que «Italia considera fundamento de la instrucción pública la enseñanza de la religión cristiana según la forma recibida de la tradición católica».

La escuela media fue la que se modificó de manera más sustancial, siendo especializada en varios itinerarios mediante el art. 1 del R. D. del 6 de mayo de 1923. En relación a la oferta anterior las novedades estaban en la creación del *istituto magistrale* –para instruir a los futuros maestros de la escuela elemental–, del *liceo scientifico* y del *liceo femminile*; éste último dedicado a la formación de las jóvenes que no se planteaban continuar los estudios ni ejercer un trabajo remunerado, unas expectativas que determinaron su bajos niveles de asistencia y su definitiva abolición en el año académico de 1928-29. El *istituto tecnico* –compuesto por las ramas de comercio y contabilidad y agrimensura– finalizaba con la obtención de un diploma válido para el mundo laboral, mientras que el *liceo scientifico* y el *classico* –a los que se accedía tras finalizar el *ginnasio*– permitía el paso a los estudios superiores, que podían impartirse en las universidades o en los institutos superiores. En este sentido, la reforma privilegió al sector humanístico por la concepción que tenía el propio Gentile hacia éste como el imprescindible en la formación de la clase dirigente; por ello, que mientras que los alumnos del *liceo classico* podían continuar sus estudios en todas las facultades, los del *scientifico* tenían restringido este acceso, pudiendo cursar solamente especialidades técnicas y científicas. Una situación que, naturalmente, repercutió en la enseñanza de éstas últimas.

A partir de 1925 se llevó a cabo la política de retoques para hacer de la escuela el lugar donde las nuevas generaciones sólo conocerían la ideología oficial. Se daba inicio, propiamente, al proceso de fascistización de la escuela, renegando de las connotaciones liberales y elitistas introducidas por Gentile, convirtiéndola en el centro para formar a la juventud en los ideales del régimen y establecer el primer nivel hacia el consenso de masa.

Esa subyugación de la escuela a la nueva realidad se realizó de manera progresiva. En julio de 1924 Giovanni Gentile había sido alejado del *Ministero della Pubblica Istruzione* y en 1925 Mussolini proclamaba la necesidad de que la escuela se inspirase en la idealidad del fascismo a pesar de que siguió defendiendo la obra de Gentile en el discurso oficial. En la declaración del *Gran Consiglio* del fascismo, tras la reunión del 7 de noviembre de 1927, se señalaba:

El Gran Consejo vuelve a confirmar que la reforma escolar Gentile debe ser considerada como una de las mejores y fundamentales leyes

del Régimen y que sus resultados, ya excelentes para la enseñanza primaria, son satisfactorios en lo que se refiere a la enseñanza media y universitaria (*Bolettino*, 1927, p. 711).

Además, el antiguo eslogan de *mens sana in corpore sano* se modificó y acabó transformado en el de *con libro e moschetto fascista perfetto*. De tal modo, con los mecanismos para la construcción del Estado totalitario puestos en marcha desde la aprobación de las *Leggi fascistissime*, el fascismo fue ocupando por completo los espacios educativos. El proceso debía culminarse con la integración de los alumnos en las organizaciones juveniles del partido, el control de los docentes y la ideologización de los programas didácticos (*Charnitzky*, 1996, p. 293).

Al igual que el resto de la sociedad también la juventud fue encuadrada dentro de las organizaciones de masas. Para ello el régimen creó la *Opera Nazionale Balilla* (ONB) en 1926, tomando la senda de las precedentes organizaciones juveniles del partido. Las funciones de la ONB estaban centradas en la instrucción física y la formación espiritual de la juventud en los nuevos valores fascistas en un intento por ampliar a las masas el carácter elitista de la reforma Gentile. Por ese motivo la ONB fue puesta bajo la dirección del jefe del gobierno y, después, bajo el *Ministero della Pubblica Istruzione*. Dentro de éste, para dotarle de mayor autonomía, se colocó al frente de su administración a Renato Ricci con el cargo de subsecretario. Las actividades educativas desarrolladas por la ONB se entremezclaban con las propias de la escuela al formar parte del currículo de los alumnos, pudiendo estar divididas en varias categorías: recreativas, culturales, deportivas o de formación paramilitar.

Los jóvenes eran divididos por edades y sexo desde los 8 a los 18 años. Los niños de 8 a 13 años eran los denominados *balilla*, mientras que al superar esa edad se convertían en *avanguardisti*. Las niñas empezaron a ser encuadradas a partir de 1929, en dos categorías paralelas a las de los niños: las *piccole italiane* y las *giovani italiane*. Además, a partir de 1927 también se instituyeron los *Gruppi Universitari Fascisti* (GUF) y en 1930 se dio un paso intermedio hacia la integración de los jóvenes en el partido con la creación de los *fasci giovanili di combattimento*, para agrupar a los jóvenes de entre 18 y 21 años, y de las *giovani fasciste* para el sector femenino. En este sentido, la última alteración se vivió con la creación en 1933 de un

nuevo grupo que reunía a niños y niñas de los 6 hasta los 8 años en el llamado grupo de los *figli della lupa*.

En 1937 las disputas entre la secretaria del partido y el subsecretario del *Ministero dell'Educazione Nazionale* –el antiguo *Ministero della Pubblica Istruzione* renombrado de esta forma en 1929– y jefe de la organización, Renato Ricci, hicieron que la ONB fuera absorbida por el partido mediante la nueva estructura de la *Gioventù Italiana del Littorio* (GIL) que pasaba a depender del secretario del partido fascista, Achille Starace (Zapponi, 1982; y Betti, 1984). La propia creación de los GUF era un mecanismo para restar competencias a Renato Ricci. En una declaración del *Gran Consiglio del Fascismo*, el 27 de marzo de 1930, se decía:

(...) examinando el problema de la posterior fascistización de la escuela, ante todo se aplaude la obra desarrollada por el Secretario del Partido en el campo de la organización de los estudiantes universitarios, obra que ha alineado bajo las banderolas del *Littorio* a la casi totalidad de los estudiantes de las universidades italianas (*Bolettino*, 1930, p. 157).

Sobre el segundo punto del proceso de fascistización de la educación, el del control de los docentes, Patrizia Dogliani (2008, p. 193) habla de un sometimiento “blando” hasta 1931, año en el que se impone a los profesores universitarios el juramento de fidelidad al rey y al régimen fascista. En los mismos términos se expresa Morente Valero:

Así pues, no hubo en la universidad italiana una purga política de importantes proporciones, limitándose el régimen a mantener bajo vigilancia ideológica a los profesores en ejercicio, y a colocar a los afines en las plazas vacantes o de nueva creación (2005, p. 193).

No obstante existieron ciertos mecanismos desde la “Reforma Gentile” para garantizar la vigilancia por parte del estado en las universidades; como era el nombramiento de rectores por el rey a propuesta del ministro de instrucción –hasta ese momento elegidos por los profesores–, o el nombramiento de decanos por el ministro de una terna elaborada por los rectores. En la escuela el juramento de fidelidad al régimen fue anterior: «impuesto primero a los

maestros elementales en febrero de 1929, después a los profesores medios y, finalmente, en 1931 a los profesores universitarios» (Candeloro, 1986, p. 202). Ya en 1933, al hacerse obligatoria la inscripción al partido fascista para los funcionarios estatales, los docentes se vieron en la necesidad de poseer el carnet del partido para participar en los concursos públicos e, incluso, los maestros tenían que portar el uniforme del partido en las ceremonias oficiales (Tannenbaum, 1975, p. 215).

En 1928 se decidió la introducción del libro de texto único en las escuelas elementales públicas y privadas, una medida que empezó a aplicarse en 1930, conscientes de la limitación que suponía para autonomía didáctica de los docentes, del peso de las primeras enseñanzas en la formación de fascistas y de que para muchas familias éste sería el único libro que “entraría” en sus casas. La comisión para la elaboración del texto único llegó a la siguiente conclusión sobre la necesidad de su puesta en marcha:

a menudo falta aquel sentimiento vivo de amor a Italia y aquel ferviente culto de sus glorias que necesita atender para imprimir un espíritu fuerte en los ánimos de los pequeños de la escuela elemental porque la mayor parte de éstos interrumpe sus estudios y para toda la vida llevan consigo de manera inalterada la impronta de las primeras enseñanzas (Galfré, 2005, p.25).

Igualmente importante para los propósitos del movimiento fue la manipulación de los programas didácticos, adaptándose las lecturas, los dictados y los ejercicios aritméticos a la cosmovisión fascista, e introduciendo aspectos como la doctrina fascista en las clases de filosofía e historia y de cultura militar para la formación de los futuros soldados. Con el nombramiento de Cesare Maria De Vecchi como *Ministro dell'Educazione Nazionale*, en enero de 1935, se implantó un programa de instrucción militar en las escuelas que con posterioridad se extendería a los centros universitarios (Tannenbaum, 1975, p. 216).

El golpe definitivo a la obra de Giovanni Gentile fue asestado con la aprobación por parte del *Gran Consiglio* de la *Carta della Scuola*, transformada en la Ley número 899 del 1 de julio de 1941, con el país ya sumido en la Segunda Guerra Mundial. Su autor, Giuseppe Bottai, había llegado al *Ministero dell'Educazione Nazionale* el 15 de noviembre de 1936

y detentó el cargo hasta el 5 de febrero de 1943. Sin duda, esta duración al frente de la cartera refuerza la idea del gran interés mantenido por el régimen en la fascistización de la educación al colocar a su cabeza a uno de los fundadores del fascismo y artífice en 1927 de la *Carta del Lavoro*.

Con la *Carta* se unificaban todos los itinerarios posibles en la enseñanza media creando una escuela única compuesta por tres cursos. Del mismo modo, la ley preveía la continuidad de la *Scuola di Avviamento Nazionale*, la verdadera escuela de las masas, para preparar la vida laboral de los jóvenes, su formación como mano de obra cualificada, de acuerdo a los intereses productivos del Estado y bajo la supervisión del *Ministero dell'Economia Nazionale*. Con ello se combinaba la obtención de mano de obra cualificada para las necesidades económicas del país. En la universidad el aspecto más novedoso de la nueva reforma estaba relacionado con las normas de acceso a estos estudios, abriendo el acceso a las facultades de humanidades a los alumnos que provenían de institutos técnicos o científicos. También se incorporaban aspectos del antisemitismo fascista al sistema escolar y se preveía una rígida relación de la institución escolar con las organizaciones juveniles del partido fascista para dar a los jóvenes una formación no sólo cultural, sino cívica y militar –en consonancia con la coyuntura bélica internacional– haciendo obligatoria la inscripción a la GIL porque «en el cuadro general de la instrucción de los jóvenes, se debía dar mayor importancia a la educación física» (De Grand, 1978, p. 211).

Los Límites de estas Políticas y el Valor del Nuevo Hombre Fascista

El fascismo quiso mostrarse al mundo como un movimiento revolucionario dispuesto a crear un sistema político y social rupturista con la tradición precedente. La base de esta teoría debía conseguirse mediante la construcción de un hombre nuevo, el hombre fascista, que encarnase aquellos elementos privilegiados por el régimen. En este proyecto el fascismo no tuvo inconvenientes en excluir de la sociedad italiana real a los grupos que consideraba ajenos a sus valores. Como muestran investigaciones recientes en la configuración del hombre fascista resulta igual de interesante estudiar los aspectos que se potenciaron como los que trataron de desterrarse. Un ejemplo significativo lo encontramos a la hora de remarcar la

virilidad que debía distinguir al hombre nuevo. De tal modo, ninguna excusa valía para no condenar su ausencia, llevando al fascismo a establecer una lucha «contra el hombre afeminado, contra el estilo de vida burgués, contra los célibes y los maridos sin hijos (...) para evitar una excesiva feminización del hombre» (Benadusi, 2005, p. 181).

La convicción de que para hacer esa “revolución” duradera era necesario crear un nuevo estilo de vida que alcanzase a todas las facetas del hombre, incluso elementos externos como su vestimenta, hizo que el fascismo diseñase políticas culturales y educativas específicas para conformar el nuevo carácter italiano. La idoneidad de esta argumentación se apoyaba en la crisis de posguerra en la que se sumió la sociedad y la cultura burguesa tradicional por los efectos de la Gran Guerra. Su postulado era claro: si la fe en la razón no habían salvado a los hombres ¿por qué no tener fe en la nueva religión civil en la que quería convertirse el fascismo?

Pero el desarrollo de una política cultural por parte del fascismo presentó ciertas limitaciones. Dejando al margen la desertificación del mundo de los intelectuales y de la alta cultura a la que hiciese mención Gramsci, el caso más evidente se vislumbra en la OND que no pudo alcanzar de la misma manera a toda la población italiana por tres motivos. Primero, por estar sesgada la participación femenina. Como señala Maurizio Ridolfi a comienzo de los años treinta unas cien mil mujeres tenían acceso a las actividades deportivas, recreativas y espectáculos cinematográficos ofrecidos por la OND, pero siempre separadas de las actividades de los hombres y su inscripción debía pasar el visto bueno de los *fasci femminili*. No obstante, este elemento podría asumirse como prescindible si atendemos a los parámetros estrictos de nuestro análisis del nuevo hombre de acorde a los cánones fascistas y el comportamiento que mantenía el movimiento en la separación de géneros. Segundo, por su menor presencia en el mundo rural, en donde la OND era vista como un organismo que nacía de la mano de los mismos sectores que habían destruido sus redes asociativas: centros de cultura, de descanso, de asistencia cooperativa o las casas del pueblo (Dogliani, 2008, p. 216). Tercero, porque, no obstante los intentos por apropiarse de los pasatiempos populares tradicionales, cautivó a la juventud con la promoción de deportes como el fútbol, pero no logró el mismo efecto entre la población adulta, especialmente en los grandes centros industriales

donde se había vivido lo suficiente como para conocer la anterior cultura obrera (De Grazia, 1981, pp. 181-182 y 190-196).

Por su parte las políticas educativas también mostraron limitaciones pese a los esfuerzos por asegurar a través de las escuelas la adhesión de las futuras generaciones italianas al fascismo. Comparando los retoques y cambios legislativos se hace evidente que el fascismo no tuvo un programa educativo preciso, que en muchos casos toda su política se basó en expresiones genéricas sobre la reducción del analfabetismo, la creación de una escuela nacional y el control sobre docentes y programas didácticos. Sólo así se entienden las críticas generadas por la “Reforma Gentile” en los grandes periódicos de opinión, en los estudiantes universitarios por el fuerte incremento de las tasas e, incluso, entre importantes miembros del régimen relacionados con la escuela –como Emilio Bodrero, Giorgio Del Vecchi, Ermenegildo Pisteli o Dante Dini– que llegaron a escribir a Mussolini sobre el carácter antifascista de la política escolar de Gentile (Turi, 1995, p. 331). Sólo a partir de la promulgación de la *Carta della Scuola* la colaboración entre la enseñanza y el régimen parecería establecerse en las coordenadas deseadas para formar a los jóvenes en los valores políticos y bélicos del fascismo. En ese último aspecto fue determinante el sentido paramilitar de la juventud que propició la creación de la ONB; a pesar de que sus participantes estuvieran en muchos casos más interesados en lucir sus divisas y uniformes, en sentirse integrados en el colectivo a través de su estética, que en conocer en profundidad la doctrina fascista. Marco Fincardi (2007) ha vuelto a poner de manifiesto lo que hay de particular y original en el esfuerzo por encuadrar a toda la población, y especialmente a la juventud, en organizaciones de masas. Sin embargo, ha remontado la génesis de cualquier movilización nacional de la juventud burguesa a fases anteriores a las llevadas a cabo por D’Annunzio (con la ayuda de Marinetti, Mussolini, Salvemini y Giurati) y su campaña intervencionista durante la Gran Guerra, en clave antiaustriaca e irredentista.

La valoración de estos límites no pueden sino llevar a la conclusión de que la naturaleza del hombre nuevo, del hombre fascista, no fue otra cosa que una ruptura con el pasado cargada de elementos artificiosos y promocionales. ¿Cómo podría explicarse que posteriormente, con matices, se aceptase este modelo de hombre nuevo en países profundamente

conservadores como España o Portugal? El fascismo habló de modernización sin proceder a un cambio sincero de las estructuras sociales. Volviendo al siempre clarificador aspecto de la mujer, a ésta no se le asignó un papel diferente al defendido por los sectores más conservadores para los que únicamente debía servir con abnegación en el hogar y a su familia. El ejemplo vale para evidenciar que sólo se privilegiaron aquellos elementos cuya modernización no presentaba problemas con los aspectos tradicionales. Por tanto, su principal mérito en la construcción del hombre nuevo italiano no se situaría tanto en la movilización y convencimiento de la masa hacia la configuración de unos valores revolucionarios, sino que su valor se encontraría en la conclusión del proceso de nacionalización de los individuos perseguida desde el pasado por la Italia liberal. La misión del viejo propósito de *fare gli italiani*. Quizás así se pueda entender la rapidez con la que la sociedad italiana dio la espalda al fascismo en el verano de 1943 y la volatilidad presentada por ese nuevo hombre fascista. Como se leía en la prensa de aquellos días Italia continuaba luchando en la Segunda Guerra Mundial contra sus enemigos y entre éstos ahora se encontraba el propio fascismo.

Referencias

- Banti, A. M. (2008). *Il Risorgimento italiano*. Bari: Laterza.
- Benadusi, L. (2005). *Il nemico dell'uomo nuovo. L'omosessualità nell'esperimento totalitario fascista*. Milán: Feltrinelli.
- Betti, C. (1984). *L'Opera nazionale balilla e l'educazione fascista*. Florencia: La Nuova Italia.
- Bolettino del Ministero degli Affari Esteri (1927). Roma: Tipografia dello Stato.
- Bolettino del Ministero degli Affari Esteri (1930). Roma: Tipografia dello Stato.
- Candeloro, G. (1986). *Storia dell'Italia moderna. Vol. 9. Il fascismo e le sue guerre*. Milán: Feltrinelli, p. 202.
- Cannistraro, P. (1975). *La fabbrica del consenso. Fascismo e mass media*. Roma-Bari: Laterza.
- Cassata, F. (2003). *A destra del fascismo. Profilo politico di Julius Evola*. Turín: Bollati Boringhieri.

- Charnitzky, J. (1996). *Fascismo e scuola. La política scolastica del regime (1922-1943)*. Florencia: La Nuova Italia.
- Colombo, K. (2004). *La pedagogia filosofica di Giovanni Gentile*. Milán: Franco Angeli.
- De Felice, R. (1968). *Mussolini il fascista. II. L'organizzazione dello stato fascista (1925-1929)*. Turín: Einaudi.
- De Fort, E. (1995). *Scuola e analfabetismo nell'Italia del '900*. Bologna: Il Mulino.
- De Grand, A. (1978). *Bottai e la cultura fascista*. Roma-Bari: Laterza.
- De Grazia, V. (1981). *Consenso e cultura di massa nell'Italia fascista*. Roma-Bari: Laterza.
- Dogliani, P. (2008). *Il fascismo degli Italiani. Una storia sociale*. Milán: UTET.
- Ferraroto, M. (1977). *L'Accademia d'Italia. Intellettuali e potere durante il fascismo*. Nápoles: Liguori; Turi, G. (1999). "Le Accademie nel'Italia fascista". *Belfagor*, 4, 403-424.
- Fincardi, M. (2007). Italia: primer caso de disciplinamiento juvenil de masas. *Hispania*, 225, pp. 43-72.
- Galfré, M. (2005). *Il regime degli editori. Libri, scuola e fascismo*. Roma-Bari: Laterza.
- Gentile, E. (2004). *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza.
- Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la Cárcel, tomo 3*. México D.F.: Ediciones Era.
- Harris, M. (1986). *Introducción a la antropología general*. Madrid: Alianza.
- Liesbcher, D. (2005). "La Obra Nacional Dopolavoro fascista y la NS-Gemeinschaft Kraft durch Freude. Las relaciones entre las políticas sociales italiana y alemana desde 1925 a 1939". *Historia Social*, 52, 129-146.
- Longo, G. (2000). *L'Istituto nazionale fascista di cultura. Da Giovanni Gentile a Camillo Pellizzi, 1925-1943. Gli intellettuali tra partito e regime*. Roma: Pellicani.
- Morente Valero, F. (2005). La universidad fascista y la universidad franquista en perspectiva comparada. *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija de Estudios sobre la Universidad*, 8, p. 179-214

- Mussolini, B. (1932), “*Fascismo*”. *Enciclopedia Italiana*, vol. XIV. Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana.
- Papa, E. (1958). *Storia di due manifesti. Il fascismo e la cultura italiana*. Milán: Feltrinelli.
- Tannenbaum, E. (1975). *La experiencia fascista: Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Turi, G. (1995). *Giovanni Gentile. Una biografia*. Firenze : Giunti.
- Zapponi, N. (1982). Il partito della gioventù. Le organizzazioni giovanili del fascismo. 1926-1943. *Storia Contemporanea*, 13, 4-5, pp. 569-633.

Rubén Domínguez Méndez. Doctor europeo en Historia contemporánea y profesor de enseñanza secundaria. Instituto Universitario de Historia Simancas. Universidad de Valladolid.

Dirección: Casa del Alcaide (Casa del Estudiante). Real de Burgos, s/n. 47011 Valladolid rdominguezmendez@hotmail.com